

APORTACIÓN DE LA OBRA CRÍTICA DE BENITO PELEGRÍN A LA LECTURA FILOSÓFICA DE BALTASAR GRACIÁN EN FRANCIA

KARINE DURIN

Université de Nantes

A LA HORA DE RENDIR HOY HOMENAJE al más apasionado y singular comentarista de la obra de Gracián (y así ha de ser, a decir verdad, todo lector de Gracián), resulta imposible disociar a Benito Pelegrín del nombre de Baltasar Gracián, por la tan fuerte complicidad, el nexo estético y la connivencia establecida por años de continuo ejercicio y frecuentación de la obra del jesuita aragonés, desde un primer trabajo de investigación como tesina sobre «El concepto del Honor en Baltasar Gracián y el Historiador ministro de la Fama» (1963) hasta la colosal y prodigiosa traducción al francés de los *Tratados políticos, éticos y estéticos* en *Le Seuil*, en el año 2005, coronada por un premio especial de la Academia francesa (Prix Jules Janin de l'Académie). El recorrido de esos años de dedicación a Gracián y de consagración de su obra por parte de Benito Pelegrín revelan una labor incansable jalonada por multitud de escritos de talante más personal (cruzando la literatura con la música, la palabra con el canto) y otros de carácter más bien académico, novedosos y originales como el magnífico ensayo publicado hace poco sobre Alejo Carpentier (*Ecrire, décrire l'Amérique*, Paris, Ellipses, 2003). Es así como en los neo-barrocos *Pasos Perdidos* del escritor cubano se percibe la huella de Gracián. Efectivamente, la pluma pulida y aguda de quien describe la isla, perla de Caribe, hace resonar en eco el *incipit* del *Criticón*.

Me atrevería a decir por otra parte que una especie de «fatalidad onomástica» - expresión del propio autor - reúne a Benito con Baltasar. Es de recordar que el hispanista francés (que se declara a sí mismo como hispanista «de ocasión» o «a la ocasión») aseguró en el siglo XX la segunda modernidad del genio aragonés en Francia, dándole plenamente el estatuto de autor a quien llevaba siglos de presencia en nuestra literatura a través de citas, máximas y aforismos célebres, fuente de inspiración importante para los moralistas del *Grand Siècle*. Y a este respecto, no dejamos de valorar y aprovechar para una mejor comprensión del jesuita el constante parentesco apoyado por un riguroso y preciso conocimiento de los moralistas franceses que favorecieron también el realce de Gracián en Francia.

Pero además de hacer acto de justicia literaria póstuma hacia Gracián como autor clásico, en un país en donde había sido tan admirado como condenado en el altar del buen gusto clásico – debido a un trasfondo político e ideológico marcado por los tiempos de rivalidad hispano-francesa como B. Pelegrín no dejó de recordarlo oportunamente, – él dio a los textos de Gracián estatuto de obra en el más pleno sentido. En efecto, le debemos el haber reconstituido no sólo la totalidad de su obra en francés, sino también el haberse dedicado a mostrar la coherencia de la misma.

Quisiéramos detenernos ahora sobre esa coherencia, subrayando, en especial, las líneas centrales – los hilos mayores – de la renovación filosófica que inició y realizó Benito Pelegrín para la lectura de Gracián; pues su trabajo ha contribuido de manera decisiva a restituir autoridad filosófica a un escritor español del Barroco en Francia, lo cual era un riesgo, un desafío incluso. Pero a la postre ha sido un triunfo a juzgar por las traducciones surgidas en las últimas décadas y por el éxito del que goza Baltasar Gracián en nuestro país. Prueba de ello es la relevancia de Gracián en la obra del filósofo francés Vladimir Jankélévitch que evocaremos a continuación.

Nos interesaría, en el breve espacio de este homenaje, volver sobre la originalidad del pensamiento de Gracián destacada a partir de los análisis de B. Pelegrín mostrando en qué el Gracián pensador revelado por el hispanista francés se distingue del Gracián que nos legó la tradición crítica anterior, a menudo anquilosada en criterios jesuíticos o prisionera de problemáticas políticas maquiavelistas deformantes que desvirtúan el sentido auténtico de los textos, mirados desde lejos o desde traducciones infieles («les belles infidèles»). (cf *las divergencias y discrepancias con el Padre Batllori, incluso con las tesis de Romera Navarro*).

A este respecto, si bien Benito define de vez en cuando su método, a modo de nota a pie de página o de acotación personal, como «mirada nueva sobre material antiguo», conforme al propio método graciano, cabe subrayar ante todo la importancia que representaron sus comentarios apuntando a una lectura total y liberada de la obra del jesuita. Ha sabido mostrar, y no deja de hacerlo hasta la fecha, que la visión del mundo en la política, en la moral y en la estética, del *Héroe* al *Criticón*, se constituye como un todo coherente. Un logro decisivo de su empresa crítica, hasta cierto punto arriesgada y en perpetuo desafío con el texto, ha sido, en efecto, una lectura liberada de la obra del jesuita. «Querer encerrar a Gracián en su época es reducirlo a mera arqueología» y a mito, escribe Benito Pelegrín en un artículo reciente («Del concepto de héroe al de persona», p. 61).¹ La mirada es libre de los convencionalismos que pesaban sobre ella en la anterior generación de comentaristas. Pelegrín liberó el texto, lo desencantó y desengañó al mismo tiempo a los lectores, invitándolos a desconfiar, atentos y prudentes, de las interpretaciones de toda escuela para defender con rigor absoluto la verdad del texto. «En los textos, lo literal es lo literario», es

¹ J. F. García Casanova (ed.), *El mundo de Baltasar Gracián. Filosofía y Literatura en el Barroco*, Granada: Universidad de Granada, 2003.

decir alma y letra, física y metafísica. La perpetua novedad de la interpretación que trasluce en las páginas que el hispanista dedica a Gracián expresa este esfuerzo por evitar, como también dice, «las interpretaciones unívocas», para dejar que el texto respire y se revele en el entramado de secretas correspondencias que hace de él una obra total, armoniosa y luminosa. La adscripción del pensamiento de Gracián a un sistema resulta problemático, en efecto. Como lo escribe tratándose de la agudeza que «sacude la percepción común soñolienta», la forma sinuosa y móvil del pensar graciano se construye en la inestabilidad de la palabra y del sentido, viéndose la «resistencia académica rastrera superada por la ligereza superior del concepto». B. Pelegrín lo evoca hablando de su «flexibilidad plástica o semántica», una especie de «perversidad polimórfica, hasta perder su fijeza acreditada por la definición canónica y lenificante del diccionario».

Pero esa misma flexibilidad se desprende de la dualidad y doble vertiente reivindicada por Lorenzo-Baltasar, de ese biformismo declarado como postulado esencial por Gracián (todo genio es anfibio: « todo gran ingenio es ambidextro, discurre a dos vertientes», *Agudeza y arte de ingenio*, XVI), tema abundantemente tratado por el hispanista francés. Lo doble, lo dual – lo que hemos analizado en relación a un proceso dialéctico² – ha llevado a Benito Pelegrín a insistir en el propio conflicto que refleja en su génesis el texto graciano, el cual remite a la tensión propia que afecta la identidad de la voz, desdoblada en dos «yo», en dos primeras personas, siendo Baltasar disimulado por Lorenzo. La identidad divergente del autor bifronte obliga, en estas condiciones, a considerar la obra del jesuita a la luz del que la firma y la reivindica como progenitura suya.³ Los análisis de B. Pelegrín a este respecto resultan de un rigor siempre defendido con énfasis a la hora de sacar conclusiones de los textos.

Además de esta consideración fundamental para el crítico, la traducción ha brindado, por otra parte, la ocasión de resucitar un tratado injustamente menospreciado por la tradición crítica, *El Comulgatorio*, orgullo de la labor poético-filosófica de Benito Pelegrín («livre presque toujours délaissé car dérangeant dans l'apparence profane de l'œuvre de Gracián».)⁴ *El Comulgatorio* ha sido el núcleo central del trabajo de renovación crítica inaugurado por Benito Pelegrín en los años 80, en tanto que ofrece, entre otros aspectos, el descubrimiento de una dimensión nueva en el estilo del escritor aragonés, a saber la afectividad. Esa importante e innegable presencia de lo sensible (justificada por el propio carácter de la meditación jesuítica), ha dado lugar a análisis de profundidad y belleza sobre afectos y efectos en dicho texto.

² K. Durin, « La notion de dialectique chez Baltasar Gracián », *D.A.T.A. Documents, Archives de Travail & Arguments – C.E.R.P.H.I.*(Ecole Normale Supérieure de Fontenay/Saint Cloud), número 37, Juin 2000, p. 77-98.

³ De allí, la insistencia de BP en poner énfasis en

la lectura del *Comulgatorio* como texto no menos sincero que los otros « partos » del ingenio graciano.

⁴ *Traitées politiques, éthiques, esthétiques*, Paris : Le Seuil, p. 49.

Quisiéramos destacar este lado sensible, que enlaza con lo musical, sutilmente destacado por el profesor Pelegrín en el conceptismo de Gracián. «Lo sensible se puede aprehender por lo inteligible porque no hay un corte radical entre ambos», como escribe. Insistamos en ese rechazo significativo del “corte”, dando paso a una lectura voluntariamente inscrita en la continuidad – condición misma de su coherencia – y en la correspondencia tanto de los conceptos como de los ámbitos (moral, político y estético enlazados para formar una compleja polifonía) que así da sentido a esa lectura armoniosa del pensamiento de Gracián. Decir que «el efecto no impide el afecto», como se verifica hartas veces en el texto religioso así como en la *Agudeza*, invita a concebir la filosofía en conexión estrecha con la estética y la esfera del arte.

Así es la filosofía de Gracián, para Pelegrín, una filosofía del arte, que prefigura, desde esta perspectiva, la reflexión de Nietzsche. Así también se puede leer a Pelegrín confesando en el prefacio a la traducción francesa que es «apasionante esta dimensión coherente en la que el designio ético se inscribe en el dibujo estético» (con la homofonía entre «dessein» et «dessin» que riman en francés).

En lo sensible, Pelegrín destaca el valor emotivo del texto de Gracián, movido por una preocupación afectiva, «un arte de jugar de la pasión», en lo que se puede percibir hasta un «sueño de ternura». La teatralidad complementa el carácter total de este texto que el hispanista describe como «una ópera en ciernes», bañado en un afecto general «hecho de melancolía sobre el tiempo que pasa», cuando el centro de la meditación (XXV) no es otro que «un amor que se eterniza». La emoción del texto de Gracián – lejos del tópico del escritor intelectualista y frío – hace rendir un grato homenaje, afectivo y afectuoso a Benito Pelegrín.

Por ende se revela el parentesco textual que une el *Comulgatorio* con otro texto seductor y preñado de conceptos felices, la *Agudeza y arte de ingenio*. A este propósito, se lee en la misma introducción citada que «Le Verbe est une chair malléable qui aspire moins à nourrir la raison qu'à inspirer la passion, le sentiment» (pp. 18-19).

No hay razón que valga sin corazón. «¿Qué importa que se adelante la razón si el corazón se queda?» decía el propio Gracián. Ese mismo corazón tiene su ciencia especial vertida en clave de aforismos. La seducción y el placer dictan los pasos de su descifrar. *El Comulgatorio* se convierte así en poesía de densa emoción, en un arte de comulgar del que se desprende un vibrante homenaje al Creador y a las criaturas. Placer es la palabra en que se cifra para Benito Pelegrín la retórica de ese monumento devocional. Tiene un punto común con la *Agudeza* en una forma de “erotización” de la figura. Y es que el concepto se convierte en acto de seducción en el cual el creador, el artista buscan anhelantes el encuentro metafórico con la verdad en las varias figuras en las que se hace aprehensible. La seducción retórica se vuelve una alternativa a la casuística existencial, consuelo poético en el mundo en escombros del *Criticón*. A la luz de estos análisis la figura del jesuita se fractura, prueba de que no hay corte entre Lorenzo y Baltasar. En este sentido, las interpretaciones de Pelegrín se distinguen por un afán por reunir las disensiones, penetrar en el proceso de creación de la armonía en tensión que se desarrolla a través de las páginas del jesuita, cosiendo la tierra con el cie-

lo, hermanando las dualidades, la hermosura y el concepto, el entendimiento y el goce verbal con una finalidad de superación y reconciliación. Apreciamos en sus lecturas su solicitud a no perder nunca de vista la belleza del texto, cuando se ve a veces a Gracián como tecnócrata a ultranza de la agudeza. Y es que el arte es primordial. Pelegrín ha sabido invertir la habitual lectura religiosa de Gracián para ver en ella, inseparable de la retórica una «física y una metafísica» del lenguaje, expresión del cosmos barroco manifiesta a través de las múltiples «figurations de l'infini». La casi teología de Gracián no se puede concebir sin un elogio del arte y del artista. El dinamismo perturbador del mundo del *Criticón* que encuentra en cada fórmula su contrario («El hombre se hace conforme se deshace») erige al artista – en un sentido pre-nietzscheano – en un ser de perfección “plausible”. Los entes de ficción, creados por la literatura, son los únicos que permanecen fijos. La equivalencia, pues, entre filosofía y estética es, a nuestro parecer, la línea que vertebra la lectura de Pelegrín y enlaza con el elogio de la singularidad celebrado con justa razón por él, y de allí también ese «individualismo optimista y voluntarista» que matiza el sabor nihilista del «ocaso de los héroes».

Concluimos diciendo que Benito Pelegrín ha sido intérprete, el Descifrador y el Traductor fiel. Quisiera terminar evocando su prosa, única por su combinación de rigor y placer. Presenta la misma fluidez graciana que hace salir la verdad en la «feliz proximidad de las palabras» según sus palabras. En este sentido, tal definición valdría para hablar del estilo filosófico de V. Jankélévitch. A propósito del hombre disfrazado, verdadero héroe del ensayo titulado *Paradoxe de la Morale* (1981), el filósofo escribe en unas frases significativas : «Sur le chemin de velours du stratagème s'organise ainsi tout un art de persuader, une technique de la plaisance, une académie de la flatterie». ⁵ Pour lui encore, «l'optimisme est la philosophie de l'optimum», aplicando esta fórmula de las más acertadas a Gracián. La moral y lo equivoco, los extremos de la moral se plantean en ese teatro de conceptos gracianos, que volvemos a encontrar en los escritos de Jankélévitch, condicionando las paradojas que no son sino la textura profunda de la ética.

Recordaremos, para concluir, que Benito Pelegrín ha dado un lugar a un autor que en Francia permanecía inclasificable y al cual resultaba casi imposible encasillar entre literatura y filosofía. Contribuyó a hacer del conceptismo el lenguaje privilegiado de una aprehensión filosófica del mundo barroco y de nuestro propio mundo, valorando siempre la actualidad de Gracián y la urgencia metafísica, reconfortante en el horizonte de los medios humanos. Por fin, diremos que uno de los logros, y no de los menores de Benito Pelegrín, ha consistido en reconciliar al lector francés (un lector que se supone curioso, exigente y valiente) con el espíritu del jesuitismo español de un autor barroco como Gracián, participando del renacer de estudios dedicados à «l'âge classique» con un renovado interés – notable en las últimas décadas, en especial en Francia – por la ética y la estética de esta metafísica del Barroco.

⁵ V. Jankélévitch, *Le paradoxe de la morale*, Paris: Le Seuil, 1981, p. 204.